

proponen para Obispo, y que le regalaron un conejo?

—Lo del conejo no lo negó... dispense usted. Dijo que no se acordaba.

—Es verdad... ¿Y si ahora, el D. Romualdo que acabamos de ver nos resultase un sér figurado, una creación de la hechicería ó de las artes infernales... vamos, que se nos evaporara y convirtiera en humo, resultando todo una ilusión, una sombra, un desvarío?...

—¡Señora, por la Virgen Santísima!

—¿Y si no volviese más?

—¡Si no volviese!... ¡Que no vuelve, que no nos entregará la... los...!»

Al decir esto, la cara flácida y desmayada del buen Frasquito expresaba un terror trágico. Se pasó la mano por los ojos, y lanzando un grito, cayó en el sillón con un accidente cerebral, semejante al de la noche lúgubre, entre las calles de Irlandeses y Mediodía Grande.

### XXXIV

Gracias á los cuidados de Doña Paca, asistida de las chicas de la cordonera, pronto se repuso Ponte de aquella nueva manifestación de su mal,

y al anochecer, conversando con la dama rondeña, convinieron ambos en que D. Romualdo Cedrón era un sér efectivo, y la herencia una verdad incuestionable. No obstante, entre la vida y la muerte estuvieron hasta el siguiente día, en que se les apareció por segunda vez la imagen del benéfico sacerdote, acompañado de un notario, que resultó antiguo conocimiento de Doña Francisca Juárez de Zapata. Arreglado el asunto, previo examen de papeles, en lo que no hubo dificultad, recibieron los herederos de Rafaelito Antrines, á cuenta de su pensión, cantidad de billetes de Banco que á entrambos pareció fabulosa, por causa, sin duda, de la absoluta limpieza de sus respectivas arcas. La posesión del dinero, acontecimiento inaudito en aquellos tristes años de su vida, produjo en Doña Paca un efecto psicológico muy extraño: se le anubló la inteligencia; perdió hasta la noción del tiempo; no encontraba palabras con qué expresar las ideas, y éstas zumbaban en su cabeza como las moscas cuando se estrellan contra un cristal, queriendo atravesarlo para pasar de la obscuridad á la luz. Quiso hablar de su Nina, y dijo mil disparates. Como se oye un rumor de lejanas disputas, de las cuales sólo se perciben silabas y voces sueltas, oía que Frasquito y los otros dos señores hablaban del asunto; creyó entender que la fugitiva parecería,

que ya se había encontrado el rastro, pero nada más... Los tres hombres estaban en pie, el notario junto á Cedrón. Chiquitín y con perfil de cotorra, parecía un perico que se dispone á encaramarse por el tronco de un árbol.

Despidiéronse al fin los amables señores con ofrecimientos y cortesías afectuosas, y solos la rondeña y el de Algeciras, se entretuvieron, durante mediano rato, en dar vueltas de una parte á otra de la casa, entrando sin objeto ni fin alguno, ya en la cocina, ya en el comedor, para salir al instante, cambiando alguna frase nerviosa cuando uno con otro se tropezaban. Doña Paca, la verdad sea dicha, sentía que se le aguaba la felicidad por no poder hacer partícipe de ella á su compañera y sostén en tantos años de penuria. ¡Ah! Si Nina entrara en aquel momento, ¡qué gusto tendría su ama en darle la gran sorpresa, mostrándose primero muy afligida por la falta de cuartos, y enseñándole después el puñado de billetes! ¡Qué cara pondría! ¡Cómo se le alargarian los dientes! ¡Y qué cosas haría con aquel montón de metálico! Vamos, que Dios, digan lo que dijeren, no hace nunca las cosas completas. Así en lo malo como en lo bueno, siempre se deja un rabillo, para que lo desuelle el destino. En las mayores calamidades, permite siempre un respiro; en las dichas que su misericordia concede, *se le olvida*

siempre algún detalle, cuya falta *lo echa todo á perder*.

En uno de aquellos encuentros, de la sala á la cocina y de la cocina á la alcoba, propuso Ponte á su paisana celebrar el suceso yéndose los dos á comer de fonda. Él la convidaría gustoso, correspondiendo con tan corto obsequio á su generosa hospitalidad. Respondió Doña Francisca que ella no se presentaría en sitios públicos mientras no pudiera hacerlo con la decencia de ropa que le correspondía; y como su amigo le dijera que comiendo fuera de casa se ahorra la molestia de cocinar en la propia sin más ayuda que las chiquillas de la cordonera, manifestó la dama que, mientras no volviese Nina, no encendería lumbre, y que todo cuanto necesitase lo mandaría traer de casa de Botín. Por cierto que se le iba despertando el apetito de manjares buenos y bien condimentados... ¡Ya era tiempo, Señor! Tantos años de forzados ayunos, bien merecían que se cantara el *jalleluya!* de la resurrección. «Ea, Celedonia, ponte tu falda nueva, que vas á casa de Botín. Te apuntaré en un papelito lo que quiero, para que no te equivoques.» Dicho y hecho. ¿Y qué menos había de pedir la señora, para hacer boca en aquel día fausto, que dos gallinas asadas, cuatro pescadillas fritas y un buen trozo de solomillo, con la ayuda de jamón en dulce, huevo

hilado, y acompañamiento de una docena de bartolillos?... ¡Hala!

No logró la dama, con este anuncio de un reparador banquete, sujetar la imaginación y la voluntad de Frasquito, que desde que tomó el dinero se sentía devorado por un ansia loca de salir á la calle, de correr, de volar, pues alas creyó que le nacían. «Yo, señora, tengo que hacer esta tarde... Me es imprescindible salir... Además, necesito que me dé un poco el aire... Siento así como un poco de mareo. Me conviene el ejercicio, crea usted que me conviene... También me urge mucho avistarme con mi sastre, aunque no sea más que para ponerme al tanto de las modas que ahora corren, y ver de preparar alguna prenda... Soy muy dificultoso, y tar-do mucho en decidirme por ésta ó la otra tela.

—Sí, sí, vaya á sus diligencias; pero no se corra mucho, y vea en este suceso feliz, como lo veo yo, una lección que nos da la Providencia. Por mi parte, me declaro convencida de lo buenos que son el orden y el arreglo, y hago propósito firme de apuntar todo, todito lo que gasto.

—Y el ingreso también... Lo mismo haré yo, es decir, lo he hecho; pero no me ha valido, crea usted, amiga de mi alma, que no me ha valido.

—Teniendo renta segura, el toque está en acomodar las entradas á las salidas, y no extra-

limitarse... Por Dios, querido Ponte, no hagamos otra vez la barbaridad de reirnos del balance y de la... Ahora reconozco que Trujillo tiene razón.

—Más balances he hecho yo, señora, que pellos tengo en la cabeza, y también le digo á usted que no me han valido más que para calentarme la *idem*.

—Ya que Dios nos ha favorecido, seamos ordenados: yo me atrevería á rogar á usted que, si no le sirve de molestia y *va de compras*, me traiga un libro de contabilidad, agenda, ó como se llame.»

¡Pues no faltaba más! No un libro, sino media docena le traería Frasquito con mil amores; y prometiéndolo así, se lanzó á la calle, ávido de aire, de luz, de ver gente, de recrearse en cosas y personas. Del tirón, andando maquinalmente, se fué hasta el Paseo de Atocha, sin darse cuenta de ello. Luego volvió hacia arriba, porque más le gustaba verse entre casas que entre árboles. Francamente, los árboles le eran antipáticos, sin duda porque, pasando junto á ellos en horas de desesperación, creía que le ofrecían sus ramas para que se ahorcara. Internándose en las calles sin dirección fija, contemplaba los escaparates de sastre, con exhibición de hermosas telas; los de corbatas y de camisería elegante. No dejaba de echar también un

vistazo á los *restaurants*, y en general á todas las tiendas, que en su larga vida de penuria bochornosa había mirado con desconsuelo.

Pasó en esta vagancia dichosa algunas horas, sin cansancio. Sentíase fuerte, saludable, y hasta robusto. Miraba cariñoso, ó con cierto airecillo de protección, á cuantas mujeres hermosas ó aceptables á su lado pasaban. Un escaparate de perfumería de buen tono le sugirió una idea feliz: había echado sus canas al aire de una manera indecorosa, sin aliñarlas y componerlas con el negro disimulo del tinte, y aquella hermosa tienda le ofrecía ocasión de remediar tan grave falta, inaugurando allí la campaña de restauración de su existencia, que debía comenzar por la restauración de su averiado rostro. Allí cambió, pues, el primer billete de la *resma* que le diera D. Romualdo Cedrón; después de hacerse presentar diferentes artículos, hizo provisión abundante de los que creía más necesarios, y pagando sin regateo, ordenó que le llevasen á la casa de Doña Francisca el voluminoso paquete de sus compras de droguería olorosa y colorante.

Al salir de allí, pensaba en la conveniencia de procurarse pronto una casa de huéspedes decente y no muy cara, apropiada á la pensión que disfrutaba, pues de ningún modo se excedería en sus gastos. Á los dormitorios de Ber-

narda no volvería más, como no fuera á pagarle las siete noches debidas, y á decirle cuatro verdades. Y divagando y haciendo risueños cálculos, llegó la hora en que el estómago empezó á indicarle que no se vive sólo de ilusiones. Problema: ¿dónde comería? La idea de meterse en un *restaurant* de los buenos fué prontamente desechada. Imposible presentarse hecho un tipo. ¿Iría, siguiendo la rutina de sus tiempos miserables, al figón de Boto? ¡Oh, no!... Siempre le habían visto allí teñido. Extrañarían verle en repentina vejez, lleno de canas... Por fin, acordándose de que debía al honrado Boto un piquillo de anteriores comistrajos, creyó que debía ir allí, y corresponder con un pago puntual á la confianza del dueño del establecimiento, dándole la excusa de su grave enfermedad, que bien claramente en su despintado rostro se pintaba. Encaminó sus pasos á la calle del Ave María, y entró un poquillo avergonzado en la taberna, haciendo como que se sonaba, al atravesar la pieza exterior, para taparse la cara con el pañuelo. Estrecho y ahogado es aquel recinto para la mucha parroquia que á él concurre, atraída por la baratura y buen condimento de los guisotes que allí se despachan. Á la taberna, propiamente dicha, no muy grande, sigue un pasillito angosto, donde también hay mesa, con su banco pegado á la pared, y lue-

go una estancia reducida y baja de techo á la cual se sube por dos escalones, con dos mesas largas á un lado y otro, sin más espacio entre ambas que el preciso para que entre y salga el chiquillo que sirve. En esta parte del establecimiento se ponía siempre Ponte, creyéndose allí más apartado de la curiosidad y el fisgoneo de los consumidores, y ocupaba el hueco de mesa que veía libre, si en efecto lo había, pues se daban casos de estar todo completo, y los parroquianos como sardinas en banasta.

Aquella tarde, noche ya, se coló Frasquito en el departamento interior con buena suerte, pues no había dentro más que tres personas, y una de las mesas estaba vacía. Sentóse en el rincón, junto á la puerta, sitio muy recogido, en el cual no era fácil que le vieran desde *el público*, es decir, desde la taberna, y... Otro problema: ¿qué pediría? Ordinariamente, el aflictivo estado de su peculio le obligaba á limitarse á un real de guisado, que con pan y vino representaba un gasto total de cuarenta céntimos, ó á igual ración de bacalao en salsa. Uno ú otro condumio, con el pan alto, que aprovechaba hasta la última miga, comiéndoselo con el caldo y la racioncita de vino, le ofrecían una alimentación suficiente y sabrosa. En ciertos días solía cambiar el guiso por el estofado, y en ocasiones muy contadas, por la pepitoria. Callos,

caracoles, albóndigas y otras porquerías, jamás las probó.

Bueno: pues aquella noche pidió al chico relación completa de lo que había, y mostrándose indeciso, como persona desganada que no encuentra manjar bastante incitante para despertar su apetito, se resolvió por la pepitoria. «¿Le duelen á usted las muelas, Sr. de Ponte? —preguntóle el chico, viendo que no se quitaba el pañuelo de la cara.

—Sí, hijo... un dolor horrible. No me traigas pan alto, sino francés.»

Frente á Frasquito se sentaban dos que comían guisado, en un solo plato grande, ración de dos reales, y más allá, en el ángulo opuesto, un individuo que despachaba pausada y metódicamente una ración de caracoles. Era verdaderamente el tal una máquina para comerlos, porque para cada pieza empleaba de un modo invariable los mismos movimientos de la boca, de las manos y hasta de los ojos. Cogía el molusco, lo sacaba con un palito, se lo metía en la boca, chupaba después el agüilla contenida en la cáscara, y al hacer esto dirigía una mirada rencorosa á Frasquito Ponte; luego dejaba la cáscara vacía y cogía otra llena, para repetir la misma función, siempre á compás, con igualdad de gestos y mohínes al sacar el bicho, y al comerlo, con igualdad de miradas: una de

simpatía hacia el caracol en el momento de cogerlo; otra de rencor hacia Frasquito en el momento de chupar.

Pasó tiempo, y el hombre aquél, de rostro jímioso y figura mezquina, continuaba acumulando cáscaras vacías en un montoncillo, que crecía conforme mermaba el de las llenas; y Ponte, que le tenía delante, principiaba á inquietarse de las miradas furibundas que como figurilla mecánica de caja de música le echaba, á cada vuelta de manubrio, el comedor de caracoles.

## XXXV

Sentía Ponte Delgado vivas ganas de pedir explicaciones al tipo aquél por su mirar impertinente. La causa de éste no podía ser otra que la novedad que Frasquito ofrecía al público con el despintado de su rostro, y el buen caballero se decía: «¿Pero qué le importa á nadie que yo me *arregle* ó deje de *arreglarme*? Yo hago de mi fisonomía lo que me da la gana, y no estoy obligado á dar gusto á los señores, presentándoles siempre la misma cara. Con la vieja, lo mismo

que con la joven, sé yo hacerme respetar y dejar bien puesto mi decoro.» Ya se proponía contraponer al mirar cargantisimo de aquel punto una ojeada de desprecio, cuando el de los caracoles, vaciado, comido y chupado el último, y puesta la cáscara en su sitio, pagó el gasto; se colocó en los hombros la capa, que se le había caído; encasquetóse la gorrilla, y levantándose se fué derecho al desteñido caballero, y con muy buen modo le dijo: «Sr. de Ponte, perdóneme que le haga una pregunta.»

Por el tono cordial del individuo, comprendió Frasquito que era un infeliz, de éstos que expresan con el modo de mirar todo lo contrario de lo que son.

«Usted dirá...

—Perdóneme, Sr. de Ponte... Quería saber, siempre que usted no lo lleve á mal, si es verdad que Antonio Zapata y su hermana han tenido una herencia de *tantismos* millones.

—Hombre, tanto como de millones, no creo... Diré á usted: mi parte en la herencia, como la que también disfruta Doña Francisca Juárez, no pasa de una pensión, cuya cuantía no sabemos aún á punto fijo. Pero podré darle á usted dentro de poco noticias exactas. ¿Por casualidad es usted periodista?

—No, señor: soy pintor heráldico.

—¡Ah! Yo creí que era usted de éstos que

averiguan cosas para ponerlas en los periódicos.

—Lo que yo pongo es anuncios. Porque como el arte heráldico está tan por los suelos, me dedico al corretaje de reclamos y avisos... Antonio y yo trabajamos en competencia, y nos hacemos una guerra espantosa. Por eso, al saber que Zapata es rico, quiero que usted influya con él para que me traspase sus negocios. Soy viudo y tengo seis hijos.»

Al decir esto, poniendo en su tono tanta sinceridad como hombría de bien, clavaba en el rostro de su interlocutor una mirada semejante á la del asesino en el momento de dar el golpe á su víctima. Antes de que Ponte le contestara, prosiguió diciendo: «Yo sé que usted es amigo de la familia, y que *habla* con Doña Obdulia... Y á propósito: Doña Obdulia, ó su señora madre, ahora que son ricas, querrán *sacar título*. Yo que ellas lo sacaría, siendo, como son, de la Grandeza de España. Pues que no se olvide usted de mí, Sr. de Ponte... Aquí tiene mi tarjeta. Yo les compongo el escudo y el árbol genealógico, y la ejecutoria en letra antigua, con iniciales en purpurina, á menor precio que se lo haría el pintor más pintado. Puede usted juzgar de mi trabajo por los modelos que tengo en casa.

—Yo no puedo asegurarle á usted—dijo Fras-

quito dándose mucha importancia, con un pali-  
llo entre los dientes,—que saquen título ni que  
no saquen título. Nobleza les sobra para ello  
por los cuatro costados, pues así los Juárez,  
como los Zapatas, y los Delgados y Pontes, son  
de lo más alcurniado de Andalucía.

—Los Pontes tienen una puente sinople sobre-  
gules, y cuarteles de azur y oro...

—Verdad... Por mi parte no pienso sacar tí-  
tulo, ni mi herencia es para tanto... Esas seño-  
ras, no sé... Obdulia merece ser Duquesa, y lo  
es por la figura y el tono, aunque no se decida  
á ponerse la corona. De Emperatriz le corres-  
ponde, como hay Dios. En fin, yo no me meto...  
Y dejando á un lado la heráldica, vamos á otra  
cosa.»

En esto, el de los caracoles se había sentado  
junto á Frasquito, y con su mirar siniestro era  
el terror de los parroquianos que les rodeaban.

«Puesto que usted se dedica al corretaje de  
anuncios, ¿podría indicarme una buena casa de  
huéspedes?...

—Precisamente hoy *he hecho* dos... Aquí las  
tengo en mi cartera para *Imparcial* y *Liberal*.  
Entérese usted... Son de lo bueno: «habitacio-  
nes hermosas, comida á la francesa, cinco pla-  
tos... treinta reales.»

—Me convendría más barata... de catorce ó  
diez y seis reales.

—También las *hago*... Mañana podré darle una lista de seis lo menos, todas de confianza.»

Les cortó el diálogo la aparición repentina de Antonio Zapata, que entró sofocado, metiendo ruido, bromeando á gritos con el dueño del establecimiento y con varios parroquianos. Subió al cuarto interior, y tirando sobre la mesa la voluminosa cartera que llevaba, y echándose atrás el sombrero, se sentó junto á Frasquito y el de los caracoles.

«¡Vaya una tarde, caballeros, vaya una tarde!—exclamó fatigado; y al chiquillo que servía le dijo:—No tomo nada. He comido ya... Mi señora madre nos ha metido en el cuerpo una gallina á mi mujer y á mí... y encima tira de *Champagne*... y tira de bartolillos.

—¡Chico, quién te tose ahora!...—le dijo el de los caracoles, la palabra dulce, el mirar terrorífico.—Y es preciso que me des pronto una razón: ¿me cedés ó no me cedés tu negocio?

—¡Buena se puso mi mujer cuando le propuse no trabajar más! Creí que me mordía y que me sacaba los ojos. Nada: que seguiremos lo mismo, ella en su máquina, yo en mis anuncios, porque eso de la herencia no sabemos qué pateta será... Amigo Ponté, ¿conoce usted esa finca de la Almoraima? ¿Cuánto nos dará de renta?

—No puedo precisarlo—replicó Frasquito.—

Sé que es una magnífica posesión, con monte, potrero, tierras de sembradura, *ainda mais*, el mejor puesto de Andalucía para codornices, cuando van á pasar el Estrecho.

—Allá nos iremos una temporada... Pero mi mujer, ni *pa Dios* quiere que deje yo este oficio de pateta. Aguántate por ahora, Polidura, que con mi Juliana no se juega: le tengo más miedo que á una leona con hambre... Y cuéntame, ¿qué has hecho hoy?... ¡Ah! ya no me acordaba: mi madre quiere comprar una araña...

—¡Una araña!

—Sí, hombre, ó lámpara colgante para el comedor. Me ha dicho si sabemos de alguna buena y vistosa, de lance...

—Sí, sí—replicó Polidura.—En la almoneda de la calle de Campomanes la tenemos.

—Otra... También quiere saber si se proporcionarán alfombras de moqueta y terciopelo en buen uso.

—Eso, en la almoneda de la Plaza de Celenque. Aquí lo tengo: «Todo el mobiliario de una casa. Horas, de una á tres. No se admiten prenderos.»

—Mi hermana, que, entre paréntesis, se zam-pó esta tarde media gallina, lo que quiere es un landó de cinco luces...

—¡Atiza!

—Yo he aconsejado á Obdulia—indicó Fras-



quito con gravedad,—que no tenga cocheras, que se entienda con un alquilador.

—Claro... Pero no dará *pa* tanto el cortijo de pateta. ¡Landó de cinco luces! Y que tiren de él las burras de leche del *señó* Jacinto.»

Soltó la risa Polidura; mas notando que al algecireño le sabían mal aquellas bromas, quiso variar de conversación al instante. El desvergonzado Antonio Zapata se permitió decir á Ponte: «Con franqueza, D. Frasco: creo que está usted mejor así.

—¿Cómo?

—Sin betún. Bonita figura de caballero anciano y respetable. Convénzase de que con el tinte no consigue usted parecer joven; lo que parece es... un féretro.

—Querido Antonio—replicó Ponte haciendo repulgos con boca y nariz para disimular su ira, y figurar que seguía la broma,—nos gusta á los viejos espantar á los muchachos para que... para que nos dejen en paz. Los chicos del día, por querer saberlo todo, no saben nada...»

El pobre señor, azarado, no sabía qué decir. Sus tonterías envalentonaron á Zapata, que prosiguió mortificándole:

«Y ahora que estamos en fondos, amigo Ponte, lo primero que tiene usted que hacer es jubilar el *sarcófago*.

—¿Qué?

—El sombrero de copa que tiene usted para los días de fiesta, y que es de la moda que se gastaba cuando ahorcaron á Riego.

—¿Qué entiende usted de modas? Estas se renuevan, y las formas de ayer vuelven á *llevarse* mañana.

—Así será en la ropa; pero en las personas, el que pasó, pasado se queda. No le quedan á usted más que los *pinreles*. Los juanetes que debía tener en ellos, se le han subido á la cabeza... Sí, sí... yo digo que usted piensa con los callos.»

Ya le faltaba poco á Frasquito para estallar en ira, y de fijo le hubiera tirado á la cabeza el plato, el vaso de vino y hasta la mesa, si Polidura no tratara de atenuar la maleante burla con estas palabras conciliadoras: «Cállate, tonto, que el Sr. de Ponte no ha entrado en *Villavieja*, y lleva sus añitos mejor que nosotros.

—No es viejo, no... Es de *cuando Fernando VII* gastaba *paletot*... Pero, en fin, si se ofende, me callo... Sr. de Ponte, sabe que se le quiere, y que si gasto estas bromas es por pasar el rato. No haga usted caso, *maestro*, y hablemos de otra cosa.

—Sus chanzas son un poco impertinentes—dijo Frasquito con dignidad,—y si se quiere, irrespetuosas... Pero es usted un chiquillo, y...  
—¡*Pata!*... Ea, se acabó. Voy á preguntarle

una cosa, respetable Sr. de Ponte: ¿en qué empleará usted los primeros cuartos de la pensión?

—En una obra de justicia y de caridad. Le compraré unas botas á Benina cuando parezca, si parece, y un traje nuevo.

—Pues yo le compraré un vestido de odalisca. Es lo que le cuadra, desde que se ha dedicado á la vida mora.

—¿Qué dice usted? ¿Se sabe dónde está ese ángel?

—Ese ángel está en el Pardo, que es el Paraíso á donde son llevados los angelitos que piden limosna sin licencia.

—Bromas de usted.

—¡Humoradas de la vida, Sr. de Ponte! Yo sabía que la Nina se arrimaba á la puerta de San Sebastián, por pescar algún ochavo... La necesidad es terrible consejera. ¡Cuando la pobre Nina lo hacía!... Pero yo no supe hasta hoy que anda emparejada con un moro ciego, y que de ahí le viene su perdición.

—¿Está usted seguro de lo que dice?

—Lo he visto. Á mamá no he querido decirle nada, porque no se disguste; pero... ya estoy al tanto. En una redada que echaron los policías, cogieron á Nina y al otro, y les zamparon en San Bernardino. De allí me les empaquetaron para el Pardo, de donde me mandó Nina un papelito, diciéndome que *haga un empeño* para que

la suelten... Veréis lo que hice esta mañana: alquilé una bicicleta y me fuí al Pardo... Antes que se me olvide: si sabe mi mujer que he paseado en bicicleta, tendremos bronca en casa. Tú, Polidura, ten cuidado de no venderme: ya sabes cómo las gasta Juliana... Pues sigo: me planté allá, y la ví: la pobre está descalza y con los trapitos en jirones. Da pena verla. El moro es tan celoso, ¡Dios! que cuando me oyó hablar con ella se puso frenético, y me quiso pegar... «*Galán bunito*—decía,—*mi matar galán bunito.*» Por no escandalizar, no le dí un par de morradas...

—Yo no creo que Benina, á sus años...—indicó Frasquito tímidamente.

—¿Qué ha de hacer usted más que encontrar muy naturales los pinitos de los ancianos?

—En fin—dijo Polidura, arrojando todo el furor de su mirada sobre Antonio,—haz por sacarla. Habrá que buscar un empeño en el Gobierno civil.

—Sí, sí... Gestionemos inmediatamente—propuso Ponte.—¿Será todavía Gobernador *Pepe Alcañices*?

—¡Hombre, por Dios! ¿Quién dice? ¿El Duque de Sexto? Usted se empeña en no pasar del año de *la Nanita*.

—Si eso es del tiempo de la guerra de África, Sr. de Ponte, ó poco después—afirmó el de los

caracoles.—Yo me acuerdo... cuando la unión liberal... Era Ministro de la Gobernación D. José Posada Herrera. Yo estaba en *La Iberia* con Calvo Asensio, Carlos Rubio y D. Práxedes... Pues apenas ha llovido desde entonces...

—Sea lo que quiera, señores—añadió Frasquito poniéndose en la realidad,—hay que sacar á Nina...

—Hay que sacarla.

—Con su morito á rastras. Mañana mismo iré á ver á un amigo que tengo en la Delegación... Pero no se olviden: tú, Polidura, ten cuidado y no *metas la pata*... Si sabe Juliana que alquilé la bicicleta, ya tengo *máquina* para un semestre.

—¿Va usted á volver al Pardo?...

—Puede. ¿Y usted, maneja el pedal?

—No lo he probado. En todo caso, yo iría á caballo.

—Anda, anda, y qué calladito se lo tenía. ¿Monta usted á la inglesa ó á la española?

—Yo no sé... Sólo sé que monto bien. ¿Quiere usted verlo?

—Hombre, sí... Vaya, una apuestita: si no se rompe usted la cabeza, pago el alquiler del caballo.

—Y si usted no se desnucan en la máquina, la pago yo.

—Convenido. ¿Y tú, Polidura?

—¿Yo?... en el coche de San Francisco.

—Pues allá los tres. *Sus* convidó á caracoles.

—Yo convidó á lo que quieran—dijo Frasquito levantándose;—y si conseguimos traernos á Nina y al rifeño, convite general.

—El *disloque*...»

## XXXVI

No se consolaba Doña Paca de la ausencia de Nina, ni aun viéndose rodeada de sus hijos, que fueron á participar de su ventura, y á darle parte principal de la que ellos saboreaban con la herencia. Con aquel cambio de impresiones placenteras, fácilmente se transportaba el espíritu de la buena señora al séptimo cielo, donde se le aparecían risueños horizontes; pero no tardaba en caer en la realidad, sintiendo el vacío por la falta de su compañera de trabajos. En vano la volandera imaginación de Obdulia quería llevarse, cogida por los cabellos, á dar volteretas en la región de lo ideal. Dejábase conducir Doña Francisca, por su natural afición á estas correrías; pero pronto se volvía para acá, dejando á la otra, desmelenada y jadeante, de nube en nube y de cielo en cielo. Había pro-